



La falacia moderna de la educación: ¿pensamiento mágico o pensamiento débil?

PABLO ÁLAMO

◆ Introducción

Vivimos en una época paradójica. Nunca en la historia de Occidente y de Europa hubo tantas escuelas, universidades y centros de investigación. Nunca hubo tantos graduados, doctores y expertos en todo tipo de disciplinas. Y, sin embargo, rara vez nuestra sociedad estuvo más insatisfecha, más dividida y más vulnerable.

La calidad de vida que aparentamos disfrutar se sostiene no en una productividad robusta, sino en una deuda pública creciente e impagable. Nuestros sistemas políticos parecen cada vez más corroídos por la corrupción y la desconfianza. Y en el horizonte se vislumbran riesgos de conflictos globales de magnitud devastadora, incluso el fantasma de una tercera guerra mundial.

Ante semejante panorama, la respuesta recurrente de los defensores de la socialdemocracia es la misma: “*más educación, más cultura*”. Como si bastara con multiplicar las obras de arte o los títulos universitarios para neutralizar la corrupción, el crimen organizado o la incompetencia política. Esa idea, tan repetida, no es más que una falacia: una ilusión sostenida por dos males de la modernidad líquida: el **pensamiento mágico** y el **pensamiento débil**.

Este ensayo busca desenmascarar esa falacia, demostrar que la educación por sí sola no resuelve los problemas estructurales de nuestras sociedades y defender la tesis de que la verdadera solución requiere sanciones claras, instituciones firmes y el coraje político de tomar decisiones incómodas pero necesarias.

◆ El mito educativo y el pensamiento mágico

El mito educativo es simple y seductor: *a más educación, menos problemas sociales*. Es una narrativa políticamente cómoda porque no ofende a nadie, parece progresista y permite a los gobiernos prometer algo agradable —y en sí mismo valioso— sin necesidad de emprender reformas difíciles, complejas o impopulares. Pero en la práctica, este planteo es un ejemplo clásico de pensamiento mágico: la creencia de que con solo desear algo, repetirlo o financiarlo, la realidad cambiará.

¿Acaso no es pensamiento mágico suponer que abrir más universidades erradicará la corrupción? ¿Que inaugurar centros culturales acabará con el narcotráfico? ¿Que multiplicar cursos y diplomas producirá automáticamente ciudadanos virtuosos? Se trata de una ilusión tan ingenua como peligrosa.

La evidencia empírica apunta en otra dirección. A pesar del crecimiento exponencial de la oferta educativa en Occidente, la productividad se estanca, los Estados se endeudan y las crisis políticas se intensifican. Lejos de resolver los problemas, el exceso de educación mal orientada ha generado legiones de

graduados frustrados, sin empleo digno, que alimentan el resentimiento y la radicalización.

Quienes defienden este mito suelen replicar que el problema no es la educación, sino la *mala educación*, y que, si existiera una “buena educación”, los resultados serían distintos. Pero este argumento es una trampa lógica: ¿quién define qué es “buena educación”? ¿Qué criterios universales podrían determinarlo? ¿Qué institución tendría el poder de garantizarlo? En realidad, se trata de una definición imposible, que desplaza el problema hacia un terreno abstracto e inalcanzable.

El pensamiento mágico, así, funciona como un bálsamo social: evita el verdadero debate. En lugar de preguntarnos cómo castigar ejemplarmente al corrupto, cómo dismantelar a las mafias o cómo imponer orden en sociedades fragmentadas, nos refugiamos en el mantra cómodo y tranquilizador: “*todo se soluciona con educación*”.



El pensamiento mágico educativo no solo es inútil: es peligroso. Porque mientras repetimos consignas vacías, los corruptos siguen robando, las mafias siguen

creciendo y los Estados siguen fracasando. Ellos actúan en el corto plazo; la educación, en el largo. Si alguna vez coinciden en el tiempo, será por azar o milagro divino: dos realidades que no deberían ser el criterio sobre el cual se basa el actuar político. Apostar todo a la educación como solución universal es, en el fondo, una forma sofisticada de evasión: una excusa para no enfrentar los problemas reales con la crudeza que merecen.

La educación es valiosa, sí, pero no es una varita mágica. Puede ser parte de la solución solo si va acompañada de justicia efectiva, instituciones fuertes y políticas públicas que enfrenten directamente el delito, la corrupción y la desigualdad. La verdadera transformación no surge de multiplicar diplomas, sino de combinar educación con responsabilidad, legalidad y coraje político.

◆ El veneno del pensamiento débil

A la ilusión del pensamiento mágico se suma el veneno del pensamiento débil: la actitud relativista que evita juicios firmes, rechaza sanciones severas y se refugia en consensos superficiales.

El pensamiento débil se niega a llamar al mal por su nombre. Sustituye la condena clara por excusas envueltas en un lenguaje técnico: explicaciones sociológicas, justificaciones pedagógicas o diagnósticos psicológicos. Frente a la corrupción, no exige castigos ejemplares, sino cursillos de ética empresarial. Frente al narcotráfico, no impone sanciones disuasorias, sino programas comunitarios que apenas maquillan el problema. Frente a la violencia extrema, no defiende el derecho de las víctimas a la justicia, sino campañas culturales que apelan a la sensibilidad, pero que nada hacen para detener a quienes ejercen la barbarie.

Este relativismo moral es el caldo de cultivo perfecto para la falacia educativa. Bajo la cómoda premisa de que *“nadie posee la verdad absoluta”*, se diluye la responsabilidad y se posterga el conflicto. El resultado es la impunidad. Y las élites corruptas —muchas de ellas formadas en los más prestigiosos centros académicos— lo saben bien: nada grave les ocurrirá.

El pensamiento débil convierte a la educación en un sustituto de la justicia. Y al hacerlo, traiciona a las víctimas, normaliza la impunidad y erosiona las bases mismas de la sociedad.

Al sustituir la justicia por retórica y la responsabilidad por excusas, **abre la puerta a la impunidad permanente. Sin sanción ni verdad, la sociedad se desliza hacia la anomia**: un territorio donde el crimen manda, la corrupción se normaliza y la ley deja de tener sentido.

Pero no es inevitable. La sociedad puede resistirlo si entiende que la educación, por sí sola, no basta: necesita instituciones fuertes, sanciones claras y valores compartidos. Solo cuando la educación se une a la justicia y la responsabilidad, deja de ser placebo y se convierte en auténtica fuerza de transformación.

♦ **Los límites de la educación como solución**

Creer que la educación por sí sola salvará a la sociedad es tan ingenuo como pensar que un título universitario convierte automáticamente a alguien en una persona honesta. La educación enseña, pero no purifica; instruye, pero no moraliza.

Es, sin duda, un pilar del desarrollo. Pero como todo pilar, no puede sostener sola el edificio completo. Confundir su importancia con una omnipotencia inexistente es un error que conduce a falsas expectativas y frustraciones.

La lista de escándalos de corrupción en Europa y América Latina lo demuestra. Presidentes, ministros y banqueros, formados en Harvard, la Sorbona o Cambridge, con credenciales académicas impecables, terminaron saqueando el erario público o pactando con mafias.

El narcotráfico ofrece otro ejemplo contundente. No ha sido derrotado con escuelas rurales ni con programas de alfabetización, sino con operativos policiales eficaces y marcos legales firmes. Y aun así, donde las sanciones son blandas, el negocio florece sin importar el nivel educativo de los involucrados.

El argumento central es ineludible: no existe correlación directa entre educación y virtud cívica. La educación puede ser un instrumento de progreso, pero jamás la raíz de la solución.

♦ **La necesidad de sanciones e instituciones fuertes**

La realidad social no se transforma con diplomas, sino con incentivos claros. El ser humano responde, más que al conocimiento, al cálculo de consecuencias.

Si la corrupción se paga con apenas unos años de cárcel y con la posibilidad de negociar reducciones de pena, el incentivo para robar sigue intacto. En cambio, cuando se aplican sanciones contundentes —expropiación patrimonial total, cadena perpetua o incluso penas máximas en casos extremos—, la ecuación cambia radicalmente.

Con el narcotráfico ocurre lo mismo. Allí donde las sanciones son blandas, el crimen organizado florece. Allí donde el Estado demuestra capacidad para imponer orden y destruir los beneficios económicos del delito, la criminalidad retrocede.

El problema de gran parte de la socialdemocracia contemporánea es que, atrapada en el pensamiento débil, considera estas medidas “inhumanas”.

Prefiere programas educativos y campañas culturales que no ofenden a nadie... pero que tampoco resuelven nada.

La verdadera política exige coraje: el coraje de imponer sanciones duras y construir instituciones fuertes. Esa es la condición necesaria para que la educación tenga sentido. Porque sin orden, sin justicia y sin reglas claras, la educación no es motor de progreso, sino mero ornamento.

Algunos objetan que incluso en los Estados más coercitivos sigue habiendo corrupción. Y es cierto: la corrupción total es imposible de erradicar. Pero esta objeción es falaz, porque confunde la utopía de la perfección con la meta realista de la reducción.

El verdadero reto político no es alcanzar un sistema absolutamente puro —algo inhumano e irreal—, sino reducir la corrupción a niveles que no desestabilicen al Estado ni dañen gravemente el bien común. No es lo mismo una corrupción marginal, castigada y contenida, que una corrupción estructural que se convierte en regla de funcionamiento.

La diferencia entre un país que tolera pequeños focos de corrupción y otro donde el crimen se vuelve sistémico es la diferencia entre un Estado que garantiza derechos básicos y uno que se derrumba. El objetivo, por tanto, no es la eliminación total (imposible), sino la contención efectiva: reducir los incentivos al delito, elevar los costos de delinquir y construir instituciones que hagan de la corrupción la excepción, no la norma.

◆ **Cuando la democracia se pudre desde dentro**

Existe un problema aún más profundo: ¿qué ocurre cuando no solo las élites, sino el propio sistema democrático, se convierte en parte del mal? Cuando la clase política en su conjunto protege la impunidad, legisla en beneficio de minorías privilegiadas y se muestra incapaz —o incluso rehúsa— regenerarse, la democracia deja de ser un proyecto colectivo y se degrada en farsa. No hablamos ya de un déficit coyuntural, sino de una enfermedad estructural.

En ese escenario, los mecanismos tradicionales de reforma quedan neutralizados. El sistema se blindo frente a la voluntad popular y perpetúa la impunidad como norma. La democracia, que debería ser espacio de regeneración y control ciudadano, se transforma en máscara: un decorado institucional para proteger a una élite que pisotea el bien común y los derechos humanos más elementales.

Frente a esta decadencia, emergen inevitablemente dos caminos: la revolución o el caudillismo. La primera implica la ruptura violenta con un orden corrompido; la segunda, la aparición de un líder fuerte dispuesto a enfrentar las causas de los problemas con soluciones reales, aunque incómodas o disruptivas. Ambas opciones son polémicas y arriesgadas, pero surgen como reacción natural

cuando la democracia se vacía de sustancia y se reduce a una fachada al servicio de minorías privilegiadas.

Ignorar este dilema es, una vez más, caer en el pensamiento mágico: confiar en que un sistema en descomposición encontrará por sí mismo la fuerza para regenerarse.

♦ La falacia del largo plazo

Los defensores de la falacia educativa suelen replicar: “*La educación sí funciona, pero a largo plazo*”. Y en parte es cierto: la educación puede contribuir a reducir ciertos problemas en generaciones futuras. Pero la pregunta decisiva es otra: ¿qué hacer mientras tanto con la corrupción sistémica, el crimen organizado y la violencia política? ¿Esperar treinta años a que la próxima generación esté “mejor educada”, mientras el presente se desmorona y se siguen violando los valores humanos y el bien común?

La educación sin justicia solo produce frustración. Varios países, gobernados por élites ilustradas que profesan ideologías políticamente correctas, han caído en una decadencia sin retorno. Miles de jóvenes altamente formados terminan emigrando, desempleados o precarizados, porque las instituciones están podridas y bloquean un presente digno y lleno de oportunidades para los más preparados.

La explicación es más simple de lo que muchos medios quieren admitir: **la corrupción es sistémica y no existen incentivos suficientes para disuadir al corrupto**

A quienes insisten en que la educación es la solución conviene refutar con total honestidad, claridad y realismo, sin concesiones al pensamiento mágico: la corrupción no desaparece porque los corruptos se gradúen en universidades de prestigio, sino porque saben que las consecuencias de sus actos son inevitables y severas.



◆ Conclusiones

Este ensayo no pretende despreciar la educación, sino denunciar su mitificación como panacea. La educación es necesaria, sí, pero no suficiente. Presentarla como la solución única es una coartada para encubrir la cobardía de no aplicar sanciones duras ni enfrentar los problemas de raíz.

La socialdemocracia moderna se sostiene sobre dos ilusiones: el pensamiento mágico, que promete cambios fáciles, y el pensamiento débil, que evita decisiones firmes. De esa mezcla surge la falacia de que la educación basta para resolver los males de la sociedad.

Pero la realidad es obstinada. Nunca hubo tanta educación y nunca estuvimos más cerca del colapso financiero, la crisis política y la guerra. Nunca hubo tantas universidades y nunca la corrupción fue tan sofisticada. Nunca tantos títulos y nunca tanta impotencia ciudadana.

La educación no sustituye a la justicia. No corrige al corrupto, no intimida al narcotraficante, no frena al político traidor. Solo la certeza de sanciones claras, contundentes y ejemplares puede hacerlo.

Y cuando incluso la democracia se convierte en parte del problema —cuando el sistema mismo protege la impunidad y bloquea cualquier regeneración—, la historia enseña que solo quedan dos caminos: la revolución o el liderazgo de un caudillo con la fuerza y el coraje para imponer soluciones reales.

El pensamiento mágico ofrece ilusiones; el pensamiento débil, excusas. Lo que necesitamos es otra cosa: coraje político, instituciones fuertes y sanciones duras. Porque, en última instancia, no se corrige al corrupto con libros, sino con la certeza del castigo.

"No se corrige al corrupto con buenas palabras y lectura de libros, sino con los incentivos adecuados y la certeza del castigo, sin concesiones ni rebajas de ningún tipo: el bien común está en juego".

(Pablo Álamo)